

«Zavala es un grandísimo investigador, tipo Tintín, capaz de viajar a cualquier parte para hallar un archivo desconocido», LUIS ALBERTO DE CUENCA

JOSÉ MARÍA ZAVALA

EL SECRETO MEJOR GUARDADO DE FÁTIMA

Una investigación
100 años después



JOSÉ MARÍA ZAVALA

EL SECRETO MEJOR GUARDADO DE FÁTIMA

Una investigación 100 años después



© José María Zavala, 2017

© Begoña Slocker de Arce, por el informe pericial caligráfico, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.872-2017

ISBN: 978-84-9998-566-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Rotapapel, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. FÁTIMA, UN SIGLO DESPUÉS	13
1. «¡CARNICEROS!»	19
La Madonna en helicóptero	21
Profecías vaticanas	24
El primer encuentro	29
Lector de almas	31
Curación milagrosa	33
A tumba abierta	35
2. LA CAJA FUERTE	41
Tensa conversación	42
«Buenos y malos chicos»	45
La mordaza	47
De aguafiestas, nada	50
La gran persecución	51
La carta del Padre Pío	56
Hablando de secretos	58
Una mano atenazada	61
La hoja misteriosa	64
En los aposentos papales	67
3. PROFETAS DE CALAMIDADES	71
¿Crisis de fe? ¿Negligencia?	73
De La Salette a Fátima	76

La danza del sol	78
La Iglesia en la encrucijada	81
Un incordio de hombre	85
4. «¡RUSIA! ¡RUSIA!»	91
Los desmanes bolcheviques	93
La guillotina	98
La desidia de Pío XI	100
La gran escabechina	102
Lucia clama al Cielo	107
El parche de Pío XII	111
5. EL ARREGLO	115
¿Consagración? ¿Qué consagración?	117
La sombra del KGB	120
¿Otra carta apócrifa?	122
Lucia insiste	126
Las piezas no encajan	129
6. LA «OSTPOLITIK» VATICANA	133
El Pacto de Metz	135
El gran manipulador	138
La pasión de Mindszenty	140
Conversión al catolicismo	144
Los actos de consagración	147
¿Cómo murió Juan Pablo I?	149
Los Papas envenenados	151
Atentados contra Juan Pablo II	156
7. LA GRAN OCASIÓN	159
La monja que solo vio Agca	162
«Soy todo tuyo»	164
El Papa que cae «muerto»	166
Flagrantes contradicciones	169
La Iglesia y la anti-Iglesia	174
El padre Gobbi y Fátima	179

8. EL «PLIEGO CAPOVILLA»	183
La conversación	184
El escritorio «Barbarigo»	187
El atropello	191
Paolini contraataca... ..	196
... y Socci también	200
Los silencios de Bertone	205
Una hoja en forma de carta	208
La revelación de Dollinger	209
9. LA CONFESIÓN	213
La mujer adúltera	214
Camisa blanca pero alma sucia	216
Zeffirelli y las chicas milanesas	216
«Me parecía tener alas»	218
Agente inmobiliario	221
La pérdida de la fe	223
La masonería en la Iglesia	225
El demonio no se toma vacaciones	228
10. LA CARTA	233
El texto original	234
La traducción	235
El informe caligráfico	236
Una epístola de 24 líneas	240
«La Tercera campanada»	243
Rosario de profecías	244
El cotejo	248
El Papa y el dogma de la fe	250
La piedra angular	252
La profecía de Daniel	255
Posibles objeciones	258
La tumba de Pedro	260
El «desmayo» de Juan XXIII	263
La nueva visión de Lucía	265

EPÍLOGO. EL TESTAMENTO DEL PADRE PÍO	269
La misión	271
La Iglesia antes y después	274
Introspección a distancia	275
Sin tiempo que perder	279
Dulce y amargo a la vez	283
Tiempo de esperanza	285
La conversión	292
INFORME PERICIAL CALIGRÁFICO	297
BIBLIOGRAFÍA CITADA	321
ÍNDICE ONOMÁSTICO	323

1

«¡CARNICEROS!»

¿Cree usted, acaso, que si eso no fuera verdad habría sectas satánicas y se celebrarían misas negras en el Vaticano?

GABRIELE AMORTH

—¡*Macellai!* —vocifera don Gabriele Amorth en italiano, como si quisiera expulsar al mismísimo demonio, recuperando el antiguo destello de sus ojos cansados, acuosos, viejos.

—¡Carniceros...! —murmuro yo, entre dientes.

—En la cabeza y en el corazón del Padre Pío —explica el exorcista oficial del Vaticano, con gesto de estupor— retumbaba una y otra vez esa terrible palabra pronunciada por el mismo Jesús contra varios altos mandatarios de la Iglesia y multitud de sacerdotes.

—Esa patibularia sentencia —advierto— figura en una carta del Padre Pío a su director espiritual, recogida en el primer volumen de su *Epistolario* [del 19 de marzo, festividad de San José, de 1913].

—Una carta profética, sin duda —asiente él—. Tan profética, que aún no se ha cumplido del todo...

—¿Cómo no recordarla? Contaba el Padre Pío que se le apareció Jesús entonces con el rostro desfigurado, asegurándole que se mantendría en agonía por todas esas almas infieles favorecidas por Él... ¡hasta el fin del mundo!

—Y lo peor de todo —subraya el padre Amorth con una mueca torcida, de dientes astillados— es que esos desgracia-

dos siguen correspondiendo aún hoy a su inefable Amor arrojándose en brazos de la masonería. Jesús continuó todavía, pero aquello que le dijo al Padre Pío no pudo manifestarlo él entonces a criatura humana alguna sobre la tierra.

—¿Debía de ser aterrador...?

—El Tercer Secreto de Fátima... —comenta él, chascando la lengua.

—¡Qué me dice! —exclamo, atónito—. ¿Conocía ya el Padre Pío las palabras de la Virgen, cuatro años antes de que Ella se las revelase a los pastorcitos de Fátima?

—Por supuesto que las conocía —corroboraba don Gabriele, dejando al descubierto unas ojeras violáceas muy acentuadas—. El Señor le dejaba leer a veces su cuaderno personal.

—¿Se lo dijo el Padre Pío en persona?

—¡Claro que me lo dijo! —insiste él, como quien detesta el menor atisbo de desconfianza—. Él sufría lo indecible por la situación de la Iglesia y de sus pastores. El demonio se había colado en las propias entrañas de la Iglesia. Ya lo advirtió Su Santidad Pablo VI, pero muy pocos le creyeron entonces: «El humo de Satanás se ha infiltrado en el seno de la Iglesia», manifestó. El mismo Romano Pontífice que pronunció aquella frase de que «una Misa del Padre Pío vale más que toda una misión». ¿Cree usted, acaso, que si eso no fuera verdad habría sectas satánicas y se celebrarían misas negras en el Vaticano?

—Cierto. Usted ha comentado en alguna ocasión que entre los miembros de las sectas satánicas figuran sacerdotes, obispos y cardenales, y que incluso el Papa Benedicto XVI ha sido informado de ello.

La extensa entrevista con don Gabriele Amorth, nacido en Módena el 1 de mayo de 1925, transcurre en su misma sala de exorcismos, el 25 de octubre de 2011.

Don Gabriele y un servidor estamos hermanados por el Padre Pío, como hijos espirituales suyos.

Poco antes de las tres de la tarde, cruzo el umbral de la sede de la Sociedad San Pablo de Roma, un imponente conjunto arquitectónico situado en la calle Alesandro Severo, del que sobresale una basílica de formidable cúpula.

El escenario de tan reveladora conversación, la cual, por expreso deseo del padre Amorth he mantenido en completo sigilo hasta su fallecimiento acaecido el 16 de septiembre de 2016, no es nada del otro mundo: apenas diez metros de largo por cinco de ancho, con una sencilla mesa de madera en el centro rodeada de sillas a juego, y un antiguo butacón tapizado en tono ocre, reservado a los «clientes» de don Gabriele atormentados por el perverso diablo.

Las paredes están salpicadas de imágenes: un gran retrato de don Giacomo Alberione, fundador de la Sociedad San Pablo, junto a la fotografía de un sacerdote de mirada expresiva con el corazón blanco distintivo de los religiosos pasionistas bordado en la sotana negra. Es el padre Cándido Amantini, exorcista del Santuario de la Escalera Santa de Roma durante treinta y seis años y mentor de don Gabriele.

La imagen de Jesús de la Divina Misericordia resalta también en la modesta estancia; igual que una escultura de la Virgen de Fátima de un metro de altura, escoltada por una bella efigie del arcángel San Miguel, príncipe de la celestial milicia.

LA MADONNA EN HELICÓPTERO

Con solo mirar a los ojos del padre Amorth tiene uno ya la convicción de «ver a Dios en un hombre», como dijo un abogado de París tras conocer a Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars.

Con su hábito talar y su dedicación exclusiva a la pastoral exorcística y a la administración de los sacramentos, a semejanza del Padre Pío, don Gabriele es uno de esos sacerdotes de Cristo en peligro de extinción; un ejemplo vivo de fidelidad inquebrantable a la Doctrina, el Magisterio y la Tradición de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

La talla de la Virgen de Fátima le hace a don Gabriele retrotraerse cincuenta y dos años atrás, hasta el 5 de agosto de 1959, cuando era un joven sacerdote de treinta y cuatro años:

—Fue una jornada maravillosa —comenta él, como si fuera ayer, mientras clava su mirada vidriosa en la *Madonna* que tiene enfrente—. La imagen conservada hoy en el Santuario mariano de Fátima y no esta —sonríe, resignado— llegó aquel día en helicóptero hasta el convento de San Giovanni Rotondo.

—¿Desde tan lejos? ¿Para qué...? —inquiero.

—El Señor se sirvió de mí para obrar un milagro.

—¿Qué milagro...?

—Verá, si yo no le hubiese pedido al cardenal Lercaro [Giacomo Lercaro (1891-1976)] que la Conferencia Episcopal Italiana patrocinase la Consagración del país al Inmaculado Corazón de María, esta no se hubiese realizado entonces. El Señor, como le digo, se sirvió de mí para hacer llegar la estatua de la Virgen de Fátima hasta el Padre Pío.

—¿Con qué fin?

—Enseguida lo sabrá —advierte, para calmar mi impaciencia—. Yo era secretario del Comité que preparaba la consagración de Italia al Corazón Inmaculado de María, fijada para septiembre [el día 13] de 1959 en Catania, donde debía celebrarse el Congreso Eucarístico Mundial. Habíamos decidido organizar una gran *Peregrinatio Mariae* a fin de preparar a los italianos ante este importante acontecimiento previsto para poco más de un mes. La estatua original de la Virgen de

Fátima, suspendida del cable de un helicóptero, se detuvo en todas las capitales de provincia. Monseñor [Giovanni] Strazzacappa y yo habíamos planificado cada itinerario. Había muy poco tiempo disponible y era necesario aprovecharlo al máximo: desde finales de abril hasta septiembre, incluyendo domingos, festivos y vacaciones de verano.

Entonces pensé: ¿por qué no hacemos una excepción para incluir una parada en San Giovanni Rotondo, donde vive el Padre Pío? Tras consultar el calendario, comprobé que la estatua de la Virgen iba a estar dos días enteros en Benevento. ¿Qué sentido tenía que estuviese allí cuarenta y ocho horas, cuando en otros lugares iba a permanecer tan solo veinticuatro o incluso menos horas?

—Ninguno, en principio —insinúo.

Por eso mismo escribí al Obispo de Benevento, quien me respondió enseguida renunciando sin problemas a esa jornada de más. De modo que obtuvimos el día reservado para el Padre Pío: desde la tarde del 5 de agosto, cuando la Virgen llegaría procedente de Foggia, hasta la tarde del 6 de agosto, cuando partiría hacia Benevento. Fue así como el helicóptero con la Virgen de Fátima aterrizó la tarde del 5 de agosto en la terraza del Hospital Alivio del Sufrimiento. Debo hacerle notar que el Padre Pío estaba desahuciado entonces por los médicos a causa de una pleuritis exudativa diagnosticada en abril [el día 25], la cual le impedía celebrar la Santa Misa desde mayo [el día 5].

—No me diga que la Virgen de Fátima le curó...

—Ni más ni menos. La mañana del 6 de agosto, haciendo un esfuerzo ímprobo, el Padre Pío pudo salir del convento para honrar la estatua de la Virgen de Fátima. La fotografía de él colocando una corona del Rosario en manos de la Señora, ayudado por un hermano, habla por sí sola. Aquella misma tarde, el Padre Pío presenció la salida del helicóptero desde la

ventana del Coro, en el convento. Y le suplicó a la Virgen: «Madre mía, has venido a Italia y estoy enfermo. ¿Ahora te vas y me dejas así...?». En ese preciso instante sintió un escalofrío por dentro y dijo a sus hermanos: «¡Me he curado!».

La viuda de Giuseppe Sala, el médico personal del Padre Pío, me confirmó en junio de 2016 aquel milagro cuando la visité en su casa de San Giovanni Rotondo. La respuesta de Ana María Sala —apellidada Ghisleri, de soltera— no dejó lugar a dudas:

—Mi esposo —afirmó ella— reconoció siempre aquella curación asombrosa del Padre Pío; Giuseppe jamás logró explicarse cómo pudo sanar el Padre Pío de repente si no fue gracias a un milagro especialísimo de la Virgen de Fátima».

PROFECÍAS VATICANAS

Los retratos de dos grandes santos, Juan Bosco y Juan Pablo II, completan la selecta pinacoteca del espíritu que don Gabriele conserva en su sala de exorcismos, de la que también forma parte por derecho propio el Padre Pío, canonizado precisamente por el Papa polaco el 16 de junio de 2002.

En palabras del periodista italiano Vittorio Messori, el Padre Pío es «un meteorito del Medievo en pleno siglo veinte». Así lo acreditan sus estigmas en manos, pies y costado durante más de medio siglo, junto a sus dones de bilocación —la posibilidad de estar en dos lugares distintos al mismo tiempo—, profecía, introspección de conciencias o curaciones milagrosas.

En mayo de 1987, Juan Pablo II visitó la tumba del Padre Pío (1887-1968) con motivo del primer centenario de su nacimiento. Ante más de 50.000 personas, Su Santidad proclamó:

Quiero agradecer con vosotros al Señor por habernos dado al querido Padre Pío, por habérselo dado en este siglo tan atormentado.

No era la primera vez que Karol Wojtyla visitaba el convento de San Giovanni Rotondo, donde vivió el Padre Pío durante cincuenta y dos años consecutivos de su vida. Estuvo también allí recién ordenado sacerdote, en 1948; y regresó veintiséis años después, en noviembre de 1974, siendo ya cardenal. El mismo fraile capuchino que vaticinó el futuro papado de Juan Pablo II, fue elevado por este a los altares.

Otro papa, Benedicto XV, había proclamado ya al Padre Pío como «un hombre extraordinario enviado por Dios para convertir a las almas».

Cuarenta años antes de canonizarle, en noviembre de 1962, el entonces vicario capitular de Cracovia en el Concilio Vaticano II, Karol Wojtyla, había recurrido al Padre Pío para curar de un cáncer a una paisana y amiga suya, la doctora Wanda Pòltawska. La mujer había sido partisana en Cracovia durante la Segunda Guerra Mundial, siendo capturada por los nazis e internada en el campo de concentración de Ravensbrück, donde fue sometida, cual conejilla de Indias, a experimentos médicos inhumanos.

Concluida la guerra, conoció a Karol Wojtyla mientras estudiaba Psiquiatría en la universidad. Surgió así una impecable amistad entre ambos. El futuro Papa envió dos cartas, en latín, al fraile de San Giovanni Rotondo, acuciado entonces por un problema en la vista que le impedía leer con normalidad; su administrador, Angelo Battisti, le recitó en voz alta ambas epístolas, conservadas hoy en la Casa Alivio del Sufrimiento de San Giovanni Rotondo.

La primera, fechada en Roma el 17 de noviembre de aquel año, dice así:

Venerable Padre: le ruego haga una oración por una madre de cuatro hijas, de 40 años, de Cracovia, en Polonia. Durante la última guerra estuvo en un campo de concentración en Alemania; ahora su salud y su vida están en peligro gravísimo debido a un cáncer. Ruego a fin de que Dios, por intercesión de la Beatísima Virgen, muestre su misericordia con ella y su familia. *In Christo obligatissimus*, Carolus Wojtyla.

Tras meditar un rato en silencio, el Padre Pío dijo resuelto a Battisti:

—¡A esto no se puede decir que no!

Finalmente, añadió:

—Angelo, conserva esta carta porque un día puede ser importante.

Tan solo once días después, el 28 de noviembre, monseñor Wojtyla escribió esta otra misiva al Padre Pío:

Venerable Padre: la señora médico de Cracovia, en Polonia, madre de cuatro hijas, recuperó instantáneamente la salud el 21 de noviembre, antes de la operación quirúrgica. *Deo gratias*. A Vd. también, Padre, doy devotamente las más rendidas gracias en su nombre, el de su marido y el de toda su familia. *In Xto*. Carolus Wojtyla.

Fue así como la doctora y su marido se convirtieron más tarde en asiduos invitados a Castel Gandolfo durante las vacaciones veraniegas del Papa.

El postulador del proceso de canonización de Karol Wojtyla, monseñor Slawomir Oder, exhumaba una desconocida carta del entonces obispo auxiliar de Cracovia al Padre

Pío, fechada el 14 de diciembre de 1963, la cual evidencia la estrecha relación existente entre ambos:

Reverendo Padre, Su Paternidad recordará, sin duda, que en el pasado ya me he permitido encomendar a sus oraciones ciertos casos especialmente dramáticos y dignos de atención. Así pues, me gustaría agradecerle vivamente, también en nombre de los interesados, sus oraciones en favor de una señora, médica católica, enferma de cáncer, y del hijo de un abogado de Cracovia que padece una grave enfermedad desde su nacimiento. Gracias a Dios, ambas personas se encuentran ahora bien. Me permito también, Reverendo Padre, encomendar a sus oraciones a una señora paralítica de este arzobispado. Al mismo tiempo me permito encomendarle las inmensas dificultades pastorales a las que se enfrenta mi pobre tarea en la presente situación. Aprovecho la ocasión para manifestarle una vez más mi veneración religiosa con la cual amo confirmar Su Paternidad devotísima en Jesucristo.

Añadamos, por último, que San Pío de Pietrelcina no solo predijo que Karol Wojtyła sería Papa. Escudándose en el crucial testimonio del abogado Carmelo Mario Scarpa, amigo íntimo del comendador Alberto Galletti, protagonista del episodio que a continuación vamos a relatar, Francisco Sánchez-Ventura, hijo espiritual del Padre Pío, daba fe de cómo este vaticinó también que el cardenal Juan Bautista Montini se convertiría en Pablo VI.

A comienzos de 1959, mientras el futuro Papa era aún arzobispo de Milán, el comendador Alberto Galletti, hijo espiritual del Padre Pío, visitó al sacerdote Benedicto Galbiani, ingresado en la llamada Casa de la Divina Providencia fundada por don Luigi Orione.

Mientras Galletti distraía al enfermo, narrándole sucesos y anécdotas de San Giovanni Rotondo, irrumpió en la habitación el arzobispo de Milán. El cura Galbiani los presentó, pues no se conocían.

Interesado en la vida de los místicos, el arzobispo recabó detalles y circunstancias del fraile de los estigmas. Al terminar la visita, pidió al comendador que transmitiese al Padre Pío su saludo cariñoso y el deseo de contar con su bendición para él y su archidiócesis.

Días después, el comendador cumplió diligente el encargo.

El Padre Pío le contestó:

—Mil gracias por el saludo y dile que cuente no con mi bendición, sino con una riada de bendiciones y de mis indignas oraciones.

Tras una breve pausa, añadió:

Escucha atentamente, Galletti: dile también a su excelencia que, cuando muera este Papa [Juan XXIII], él será su sucesor. ¿Te has enterado?

—Sí, Padre —asintió, perplejo, el comendador.

—¿Has entendido que debes decirle que él será el próximo Papa? —insistió el fraile.

—Perfectamente, Padre.

—Se lo advierto, porque debe prepararse —concluyó.

Alberto Galletti guardó celosamente el secreto hasta la elección de Pablo VI, en junio de 1963.

Tres años antes, el entonces arzobispo de Milán había enviado esta cariñosa carta al Padre Pío:

Veneradísimo Padre: oigo decir que Vuestra Paternidad celebrará próximamente el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. Y, por lo tanto, también yo deseo

expresarle, en el Señor, mis felicitaciones por las gracias inmensas que le ha conferido y que usted ha distribuido.

EL PRIMER ENCUENTRO

Se honrará siempre don Gabriele Amorth de ser hijo espiritual de San Pío de Pietrelcina, a quien conoció con tan solo diecisiete años, en agosto de 1942, tal y como me recuerda en su sala romana de exorcismos:

—No pensé entonces —evoca él, nostálgico, con su cráneo huesudo al aire libre, calvo— que seguiría yendo a San Giovanni Rotondo para visitar al Padre Pío durante veintiséis años consecutivos. Eran tiempos de guerra, por lo que no había las muchedumbres de antes ni las de luego. Recuerdo el lento tren que me condujo desde Nápoles hasta la estación de Foggia, repleta de escombros a causa de los bombardeos. Me acompañaba mi anciano párroco, don Andrea Barbolini, que quiso regalarme ese viaje.

En el autobús que nos llevaba a San Giovanni Rotondo conocimos a una señora que nos alojó en su casa. No había hoteles ni pensiones, pero en muchos hogares acogían con gusto a los viajeros. Se pagaba poco, porque el Padre Pío regañaba a los dueños si se aprovechaban de los peregrinos.

—Supongo —infiero yo— que jamás habrá borrado de la pantalla de su memoria la primera vez que vio al Padre Pío...

—¡Imposible! —exclama él, como si el olvido fuese un pecado grande de omisión en este caso—. Aquella madrugada el despertador sonó a las cuatro. La misa del Padre Pío empezaba a las cinco, pero yo estaba ya en pie a las tres y media. Después, recorrí dos kilómetros a pie para llegar hasta el convento, con un viento punzante que te calaba los huesos. Cuando entré en la iglesita, corrí con los otros hombres hacia la sacristía,

detrás del altar mayor. El Padre Pío ya había bajado y se estaba revistiendo para la Santa Misa, ayudado por sus hijos espirituales y por un fraile capuchino que hacía las veces de ángel custodio. Una vez revestido y con las mangas del alba cubriéndole casi todas las manos, se despojó de los mitones que ocultaban sus estigmas; el capuchino que le auxiliaba escondió enseguida los guantes en el interior de su talega. En pocos minutos, el templo se había llenado de fieles. El Padre Pío celebró la Eucaristía en el lateral de la iglesia, en el altar de San Francisco.

—¿Le llamó la atención algún detalle en especial?

—Yo no vi nada entonces, pero había algunas personas que contemplaban al Padre Pío coronado de espinas durante la Misa, a la que asistían la Santísima Virgen y San Francisco de Asís, rodeados de una cohorte de ángeles.

—Verlo para creerlo...

—Le aseguro que no eran alucinaciones, porque yo también tuve esas mismas visiones más adelante.

—Lo creo. Conozco a otras personas que pasaron por esas mismas experiencias místicas: fray Paolo Covino, el sacerdote que le administró la unción de enfermos al Padre Pío; o sor Consolata, testigo clave en su proceso de canonización... ¿Pero qué más recuerda usted de aquel primer día?

—Al finalizar, vi que todos se disponían en dos hileras a lo largo del pasillo que debía recorrer el Padre Pío para regresar al convento. Él pasó lentamente, mientras los presentes intentaban besarle la mano o que él la pusiera sobre sus cabezas, para bendecirlos. Un coro ininterrumpido de voces gritaba: «¡Padre Pío, rece por mi hijo moribundo!», «¡Padre Pío, me estoy quedando ciego, rece por mí!», «¡Padre Pío, he tenido un accidente de automóvil, encomiéndeme para que pueda volver al trabajo!», «¡Padre Pío, mi mujer tiene una enfermedad que los médicos no saben cómo curar, interceda por ella!».

—¿Y usted qué hizo?

—Intenté, cuando pude —dice por la comisura de la boca—, que me ayudara a discernir sobre mi vocación sacerdotal. Pero los consejos que me dio estaban llenos de sentido común, como los de cualquier otro sacerdote. No tenían nada de extraordinario, como yo hubiese deseado.

—Tal vez por esa misma razón —sugiero—, él no quiso «sorprenderle» a usted. No era la primera vez que el Padre Pío, percatándose de que alguien le buscaba para algo extraordinario, le «decepcionaba» así. Y al contrario: cuando iban a verle sin esperar nada extraño, era precisamente cuando él los dejaba estupefactos, como al joven que le aguardaba a la puerta de su celda.

—Pues sí... Tiene usted razón. Pero yo aprendí entonces una lección que me sigue resultando hoy muy útil: nadie tiene al Espíritu Santo en un bolsillo, incluidas las personas más santas y dotadas de carismas, como él. Pero sí que se me quedó grabado para siempre el recuerdo de aquella primera Misa. Y supe que solo por eso valía la pena volver allí...

LECTOR DE ALMAS

Y claro que el padre Amorth regresó a San Giovanni Rotondo... ¡Para confesarse con el fraile capuchino!

—El Padre Pío —distingue don Gabriele con énfasis— amaba al pecador, pero aborrecía el pecado. Algunas de sus reacciones eran legendarias: «Desgraciado, ¡te vas a ir al infierno!»; «¿Cuándo dejarás de comportarte como un guarro?»; «¿No sabes que es pecado mortal? ¡Vete!». La gente le imploraba, pero era difícil que en esa ocasión cambiara. No le importaba quién tenía delante: rico o pobre, guapo o feo... él

miraba solo las almas. Todos en fila, iguales, un empresario o un obrero. Lo mismo daba.

—Pero a usted no creo que le dijera eso... —comento.

—Leía también mi alma cada vez que le visitaba en el confesonario. Y yo no era, como le digo, una rara excepción: cierto día, mientras aguardaba delante de la puerta de su celda, la número 5, de la que pendía un cartel con una bella frase de San Bernardo: «María es toda la razón de mi esperanza», llegó un hombre de unos veinticinco años. Ambos sabíamos que el Padre Pío regresaría allí de un momento a otro. Cuando llegó, nos dijo para disculparse: «Lo siento, pero no tengo tiempo ahora: debo cortarme la cabeza».

—¡Guillotinar! —exclamo yo, desconcertado.

—Eso entendimos también nosotros, sin dar crédito a lo que acabábamos de escuchar de sus labios. Tras saludarme, el Padre Pío se giró decidido hacia el joven para recriminarle: «¡Tú no puedes seguir así! Sé que no deseas ofender a Dios, pero tampoco decides abandonar el pecado... ¡Tienes que decidirte! ¡Así no puedes continuar!».

—Escrutó su corazón...

—Vi al joven con los ojos inundados de lágrimas. Él mismo reconoció luego que, pese a no haber hablado jamás con el Padre Pío, el capuchino había puesto al descubierto la gran tragedia de su vida. A la mañana siguiente, cuando el Padre Pío bajó a la sacristía para celebrar la Santa Misa, observé que tenía la cabeza rapada y la barba más arreglada. Acababa de estar con el fraile barbero. No es que quisiera «cortarse la cabeza» —sonríe Amorth.

—¿Tan implacable era él durante la confesión?

—Dependía del penitente. Con las almas arrepentidas de verdad se comportaba con una enorme dulzura, pero si comprobaba que no existía dolor de corazón ni propósito de

enmienda, entonces se mostraba muy estricto con esas otras almas. A veces, mantenía su innato sentido del humor. Una vez yo le confesé que había tenido pensamientos de soberbia. Él me dijo muy serio: «Te has atribuido bienes que no tienes, porque son del Señor, que te los ha dado; al atribúrtelos te has comportado como un ladrón y mereces la pena de cárcel. Pero si crees de verdad que tienes esos bienes que no son tuyos, estás loco de remate y te mereces el manicomio. Elige, hijo mío: ¿cárcel o manicomio?». Y me miró con una entrañable sonrisa para darme la absolución.

—Un antes y un después de aquella bendición...

—El gesto solemne con que pronunciaba las palabras de indulgencia se ha grabado desde entonces en mi memoria. Todos los sacerdotes absuelven, pero él lo hacía de una manera que dejaba en las almas una inmensa paz propia de un don de Dios. En cierta ocasión, incluso un sacerdote amigo mío pudo ver, cuando el Padre Pío alzó la mano derecha para darle la absolución, un pequeño reguero de sangre que bajaba por la muñeca desde el mitón que cubría uno de sus estigmas. Supo entonces cuánto le dolían al Padre Pío sus ofensas al Señor.

CURACIÓN MILAGROSA

Don Gabriele Amorth no exagera ni un ápice. En uno de sus frecuentes viajes a San Giovanni Rotondo conoció a otro sacerdote diocesano como él: don Pierino Galeone, hijo espiritual también del Padre Pío, a quien este curó milagrosamente de una tuberculosis cuando estaba desahuciado por los médicos, tras la Segunda Guerra Mundial.

Yo mismo tuve el privilegio de entrevistar a monseñor Pierino Galeone, en mayo de 2010, cuando le visité en su resi-

dencia de Tarento para componer mi libro *Padre Pío. Los milagros desconocidos del santo de los estigmas*, la obra que sigue dando a conocer al santo de Pietrelcina en España y Latinoamérica, con una veintena de ediciones hasta el momento, y traducciones al inglés, italiano, portugués, húngaro, esloveno o croata.

Pese a su mermada salud, Galeone se levantaba en tiempos de guerra a las cuatro de la madrugada para ayudar al Padre Pío en la Santa Misa. En el momento de la Comunión, le sostenía la patena para que no cayese al suelo ni una sola partícula del Sagrado Cuerpo de Cristo.

En 1947 permaneció en San Giovanni Rotondo otro periodo de veinte días. Al verle siempre cerca del Padre Pío, los visitantes le enviaban con recados para el capuchino: querían saber desde el destino de algunos militares desaparecidos en Rusia y pedir por la curación de un ser querido, hasta la solución de rencillas familiares o el nacimiento de hijos en matrimonios con serios problemas de fertilidad.

El Padre Pío siempre le respondía con dulzura y amor. Uno de esos días, le dijo: «Cuando necesites algo, envíame a tu ángel de la guarda y yo te responderé».

Dicho y hecho. Cierta mañana, irrumpió en la sacristía una madre presa del llanto suplicando ver al Padre Pío para que ayudase a su hijo descarriado. Pero la mujer llegó tarde, cuando el capuchino estaba ya en el altar para celebrar la Santa Misa. Conmovido por sus sollozos, Galeone recordó la indicación del Padre Pío e invocó a su ángel custodio durante la Eucaristía para que le diese aquel mensaje urgente.

Terminada la Misa, después de besar su mano estigmatizada, el joven Pierino aprovechó para recomendarle al hijo de aquella señora.

Y entonces, el Padre Pío le replicó:

—Pero hijo mío, si ya me lo has dicho durante la Misa.

Comprobó así que su ángel de la guarda nada tenía que envidiar a la mejor agencia de mensajería del mundo.

Solo al final, Pierino le reveló el verdadero motivo de su viaje a San Giovanni Rotondo: la curación de su tuberculosis, que le hacía toser sangre todos los días. Entonces, inesperadamente, el Padre Pío le pasó las yemas de los dedos por el pecho. El enfermo pensó que estaba acariciándole. Pero el capuchino le dijo: «¡Podrás morirte de lo que sea, menos de aquí!». Y así fue: quedó curado al instante.

A TUMBA ABIERTA

Aquel mismo hombre sanado por el Padre Pío estuvo durante poco más de una hora relatándome, cara a cara, un sinfín de anécdotas. Desde el principio, me sentí observado por su mirada penetrante a la que yo correspondía todo el tiempo. La misma impresión que tuvo él la primera vez que vio al santo de los estigmas, la sentí yo entonces mientras le escuchaba atentamente: presentí como si me conociera de toda la vida.

La víspera del viaje a Tarento, una persona que tenía trato con él me avisó de que Galeone era un sacerdote muy especial.

—¿Qué quiere decir con eso? —repuse yo.

—Pues eso, especial —sonrió, enigmática.

—¿Y qué tiene de especial, aparte de ser hijo espiritual del Padre Pío?

—Humm... Comparte algunos de sus mismos dones.

—No me diga que también él se pasea por el mundo, como si tal cosa —añadí con ironía.

—No exactamente.

—¿Entonces...?

—Lee las conciencias.

—O sea, que es capaz de decirte hasta el número de domingos que faltaste a Misa desde que hiciste la Primera Comunión.

—Por ejemplo.

—¿Y algo más?

—Dicen que también tiene el don de profecía.

—¿De veras...?

—Conozco algún caso.

—¿Puede relatarme alguno?

—Lo siento, pero cometería una indiscreción.

Admito que aquella conversación tan reveladora me condicionó en parte esa mañana, mientras le entrevistaba. ¿Pero es que acaso alguien, de haber estado en mi misma piel, hubiese permanecido indiferente ante un hombre dotado de semejantes carismas?

Recordé, entonces, el caso del fotógrafo Federico Abresch y de tantos otros «peces gordos» alejados de Dios a los que el Padre Pío había desarmado con su don de introspección de conciencias, que le permitía introducirse en el santuario mismo del alma para hacer más provechoso al prójimo el sacramento de la Penitencia.

Y de forma similar a como sucedió con ellos, cuando terminamos la entrevista don Pierino Galeone me dijo convencido:

—José María, confiésate.

Imagine el lector lo que pude llegar a experimentar entonces. Sobre todo, habiéndome confesado la víspera con otro monseñor: el obispo argentino jubilado Rodolfo Laise, que

vive en San Giovanni Rotondo. Sentí como si el rascacielos más alto del mundo, el *Burj Khalifa*, con sus 830 metros de altura, se desplomase entero sobre mis hombros.

Sin apartar su mirada de la mía, él insistió:

—José María, confiésate.

Tuve un pensamiento fugaz: «¡Señor mío y Dios mío, si en algo más te he ofendido que no sepa, aquí me tienes para pedirte perdón!».

Y accedí por esa única razón.

Empezó entonces mi crucifixión, mientras Galeone, extendiendo las palmas de sus manos hacía mí, me exhortaba:

—¡Dame tus pecados! ¡Dámelos...!

Me preguntó si prefería decírselos yo o si, por el contrario, empezaba él a enumerarlos uno por uno. Le pedí que lo hiciese él, y así procedió con la confesión.

Conforme iba recordándome pecados que yo había olvidado, incluidos algunos cometidos durante mi más tierna infancia, desde que con seis años hice la Primera Comunión, sentía como si me abriese el alma con un hacha sin la menor compasión. Salieron a relucir en minutos pecados que había cometido durante toda una vida con nombres, fechas, situaciones concretas...

Era como si un gladiador romano, sin pretender comparar en absoluto a un hombre de Dios como Galeone con un pagano semejante, descargase con toda su furia su *flagelum* contra mi alma, hasta desgarrarla por completo. Creí morirme de vergüenza y de dolor.

Con razón, a mi regreso a Madrid, tras comentarle lo sucedido a un sacerdote y a una monja de clausura, ambas almas elevadas, coincidieron en que aquella confesión había sido una prueba heroica de humildad y de sufrimiento.

El calvario que yo pasé entonces solo lo saben Jesús y el Padre Pío. El que no llevaba su cruz no merecía corona.

Salí de aquella sala como si flotase en el aire. Paloma, mi mujer, jamás me había visto así, como tampoco mis amigos Nacho y Fernando, según reconocieron más tarde. No pude verles a ellos, ni hacer el menor caso de sus llamadas. Estaba ciego y sordo. Simplemente me dejé arrastrar cabizbajo hacia adelante, como un alma en pena, por un largo pasillo situado a mi izquierda. Cuando quise darme cuenta, tropecé con un obstáculo contundente que me impidió seguir adelante. Alcé la mirada y comprobé que era una estatua de Jesús, de tamaño natural, que me señalaba con el índice su Sagrado Corazón herido como el mío en aquel preciso instante.

Permanecí impertérrito contemplándole, mientras Él me miraba desde la eternidad con ojos serios y tristes, excelsos y benignos, y yo clamaba por dentro: «¡Señor mío y Dios mío, si Tú quieres verme sufrir así, bendito seas!». Supe entonces que hacía falta más valor para sufrir que para morir.

Al despedirnos, fui el único a quien Galeone abrazó e invitó a besarle en la mejilla. Previamente, me había dicho durante la confesión, de modo premonitorio: «Tu historia será muy bella».

Aquel día, don Pierino evocó conmigo ese mismo don de profecía del Padre Pío:

—Sabía la historia de la Iglesia hasta el fin del mundo —me aseguró—. Conoció a siete Papas, desde León XIII hasta Juan Pablo II. Recuerdo que cuando Wojtyła fue a verle, el Padre Pío me dijo, guiñándome un ojo: «Estate cerca»...

Más tarde comprendí por qué me lo decía.

—También estaba al corriente de la historia civil del planeta. Sabía perfectamente en qué consistía cada uno de los secretos de Fátima. Cómo la Virgen pidió allí oración y peni-

tencia a los fieles para que acabase la Primera Guerra Mundial, el Padre Pío se ofreció a Ella por el fin de la gran conflagración.

Conocía así el Padre Pío hasta el secreto mejor guardado de Fátima y se lo reveló de palabra a sus hijos espirituales más íntimos antes de que salga ahora por primera vez a la luz...